

CAPÍTULO VI.

DOGMAS CORRELATIVOS AL DE LA SOLIDARIDAD; LOS SACRIFICIOS SANGRENTOS; TEORIAS
DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS ACERCA DE LA PENA DE MUERTE.

Así como el socialismo es un compuesto incoherente de tesis y de antítesis que se contradicen y se destruyen, la gran síntesis católica resuelve todas las cosas en la unidad, poniendo en todas ellas su soberana armonía. De sus dogmas puede afirmarse que sin dejar de ser varios son uno solo. De tal manera se resuelven los que anteceden en los que le siguen, y los que le siguen en los que le anteceden, que no puede averiguarse nunca cuál es el primero y cuál es el último en el gran círculo divino. Esa virtud que todos tienen de penetrarse los unos á los otros en lo mas íntimo de sus esencias, hace que ninguno pueda ser afirmado ó negado de por sí, debiendo ser todos afirmados ó negados juntamente; y como en sus afirmaciones dogmáticas están apuradas todas las afirmaciones posibles, de aquí procede que contra el Catolicismo no se

da afirmacion de ninguna especie, ni negacion que sea particular: contra su prodigiosa síntesis no cabe sino una negacion absoluta. Ahora bien: Dios, que está de manifiesto en la palabra católica, ha dispuesto las cosas de tal modo, que esa suprema negacion, lógicamente necesaria para hacer contraste á la palabra divina, sea de todo punto imposible; como quiera que para negarlo todo es necesario comenzar por negarse á sí mismo, y que el que se niega á sí mismo, no puede pasar adelante ni negar despues cosa ninguna. Síguese de aquí que la palabra católica, siendo invencible, es eterna; desde el primér dia de la creacion viene dilatándose en los espacios y resonando en los tiempos con una fuerza inmensa de dilatacion y con una fuerza infinita de resonancia; su soberana virtud no se ha amenguado todavía, y cuando cesen los tiempos de correr y se recojan los espacios, esa palabra seguirá resonando eternamente en las eternas alturas. Todo en este bajo mundo va pasando: los hombres con sus ciencias, que no son sino ignorancia; los imperios con sus glorias, que no son sino humo; solo está quieta y en su sér esa palabra resonante, afirmándolo todo con una sola afirmacion que es siempre idéntica á sí misma. El dogma de la solidaridad, confundiéndose con el de la unidad, constituye con él un solo dogma; considerado en sí, se resuelve en dos que, como el de la solidaridad y el de la unidad, son uno mismo en la esencia y dos en sus manifestaciones. La solidaridad y la unidad de todos los hombres entre sí lleva consigo la idea de una responsabilidad en comun, y esta responsabilidad supone á su vez que los méritos y los crímenes de los unos pueden dañar y aprovechar á los otros. Cuando el daño es el que se comunica, el dogma conserva su nombre genérico de solidaridad; y le cambia por el de reversibilidad cuando lo que se comunica es el provecho. Así se dice que todos pecamos en Adán, porque todos somos con él solidarios; y que todos fuimos hechos salvos por Jesucristo, porque sus méritos nos son reversibles. Como se ve, la diferencia aquí está en los nombres solamente, y en nada altera la identidad de la cosa significada. Lo mismo sucede con los dogmas de la imputacion y de la sustitucion: los dos no son

otra cosa sino aquellos dogmas mismos considerados en sus aplicaciones. En virtud del dogma de la imputacion, padecemos todos la pena de Adán, y por el de la sustitucion padeció el Señor por todos nosotros. Pero, como se ve aquí, no se trata sino de un dogma sustancialmente. El principio en virtud del cual fuimos todos hechos salvos en el Señor, es idéntico á aquel por el cual fuimos todos en Adán culpables y penados. Ese principio de solidaridad con el que se explican los dos grandes misterios de nuestra redencion y de la trasmision de la culpa, es á su vez explicado por esa misma trasmision y por la redencion humana. Sin la solidaridad no podeis ni concebir siquiera una humanidad prevaricadora y redimida: y por otro lado es evidente que si la humanidad no ha sido ni redimida por Jesucristo, ni prevaricadora en Adán, no puede ser concebida como siendo una y solidaria.

Como por este dogma, junto con el de la prevaricacion adámica, se nos revela la verdadera naturaleza del hombre, no ha permitido Dios que cayera de todo punto en el olvido de las gentes. Esto sirve para explicar por qué todos los pueblos del mundo vienen dando de él clarísimos testimonios, y por qué esos testimonios están consignados con una consignacion elocuentísima en la historia. No hay pueblo tan civilizado ni tribu tan inculta, que no haya creído estas cosas: que los pecados de algunos pueden atraer las iras de Dios sobre las cabezas de todos, y que todos pueden ser hechos salvos de la pena y de la culpa transmitida, por el ofrecimiento de una víctima en perfectísimo holocausto. Por los pecados de Adán condena Dios al género humano, y le salva por los méritos de su amantísimo Hijo. Noé, inspirado por Dios, condena en Canaan á toda su raza; Dios bendice en Abraham, y luego en Isaac y luego en Jacob á toda la raza hebrea. Unas veces salva á hijos culpables por los méritos de sus ascendientes, otras castiga hasta en su última generacion los pecados de ascendientes culpables; y ninguna de estas cosas, que la razon tiene por increíbles, ha causado ni extrañeza ni repugnancia al género humano, que las ha creído con una fe firmísima y robusta. Edipo es pecador, y los dioses derraman sobre Tébas la copa de su enojo: Edipo es asunto de la cólera divina, y los beneficios

de su expiación son reversibles á Tébas. En el dia mas grande y solemne de la creacion, cuando el mismo Dios hecho hombre iba á proclamar con su muerte la verdad de todos estos dogmas, quiso que antes fueran proclamados y confesados por el mismo pueblo deicida, el cual, clamando con un clamor sobrenatural y con bramido siniestro, dejó caer estos tremendos vocablos: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» No parece sino que Dios permitió que se condensaran aquí juntamente los tiempos y los dogmas: en un mismo dia el mismo pueblo, dándole muerte, imputa á uno y castiga en él los pecados de todos, y pide la aplicacion del mismo dogma á sí propio declarando á sus hijos solidarios de sus pecados. En ese mismo dia en que eso se proclama por todo un pueblo, el mismo Dios proclama el mismo dogma haciendose solidario del hombre; y el de la reversibilidad pidiendo al Padre, en premio de su dolor, el perdon de sus enemigos; y el de la sustitucion muriendo por ellos; y el de la redencion, consecuencia de todos los otros siendo el pecador redimido, porque el sustituto que en virtud del dogma de la solidaridad padeció muerte, en virtud del de la reversibilidad fué aceptado.

Todos esos dogmas proclamados en un mismo dia por un pueblo y por un Dios, y cumplidos, despues de ser proclamados, en la persona de un Dios y en las generaciones de un pueblo, vienen proclamándose y cumpliéndose, aunque imperfectamente, desde el principio del mundo, y fueron simbolizados en una institucion antes de ser cumplidos en una persona.

La institucion que los simboliza, es la de los sacrificios sangrientos. Esa institucion misteriosa y, humanamente hablando, inconcebible, es un hecho tan universal y constante, que existe en todos los pueblos y en todas las regiones. De manera que entre las instituciones sociales, la mas universal es cabalmente la mas inconcebible y la que parece mas absurda; siendo cosa digna de notarse aquí que esa universalidad es un atributo comun á la institucion en que aquellos dogmas estan simbolizados, á la persona en que fueron cumplidos, y á los mismos dogmas que fueron simbolizados en aquella institucion y cumplidos en aquella persona. La imagi-

nacion misma no alcanza á fingir ni otros dogmas, ni otra persona, ni otra institucion mas universales. Aquellos dogmas contienen todas las leyes por las que se gobiernan las cosas humanas; aquella persona contiene á la Divinidad y á la humanidad juntas en uno; y aquella institucion es por un lado conmemorativa de lo que aquellos dogmas contienen de universal, por otro simbólica de aquella persona única en quien está la universalidad por excelencia, mientras que por otra parte, considerada en sí misma, se dilata hasta los remates del mundo y vence los términos de la historia.

Abel es el primer hombre que ofreció á Dios un sacrificio sangriento despues de la gran tragedia paradisiaca; y ese sacrificio, por lo que tenia de sangriento, fue acepto á los ojos de Dios, que apartó de sí con enojo el de Cain, consistente en frutos de la tierra. Y lo que aquí hay de singular y de misterioso es, que el que derrama la sangre en sacrificio expiatorio, toma odio á la sangre y muere por no derramar la del mismo que le mata, mientras que el que rehusa derramarla como signo de expiacion, se aficiona á ella hasta el punto de derramar la sangre de su hermano. ¿En qué consiste que, derramada de un modo, quita las manchas; y derramada del otro modo, las pone? ¿En qué consiste que la derraman todos, aunque de diferente manera?

Desde aquella primera efusion de sangre la sangre no dejó de correr, y no corrió nunca sin condenar á unos y sin purificar á otros, conservando siempre entera su virtud condenatoria y su virtud purificante. Todos los hombres que vinieron despues de Abel el justo y de Cain el fratricida, se acercaron mas ó menos á uno de esos dos tipos de aquellas dos ciudades que se gobiernan por leyes contrarias y por gobernadores diferentes, por nombre la ciudad de Dios y la ciudad del mundo; las cuales no son contrarias entre sí porque en una se derrame sangre y en otra no, sino porque en la una la derrama el amor y en la otra la venganza: en la una es ofrecida al hombre y en la otra á Dios en sacrificio expiatorio y en aceptable holocausto.

El género humano, en el que no ha dejado de soplar de todo punto el viento de las tradiciones bíblicas, ha creído siempre con

una fé invencible estas tres cosas: Que es fuerza que la sangre sea derramada; que derramada de un modo, purifica; y de otro, enloquece. De estas verdades da clarísimos testimonios toda la historia, llena con la relacion de historias crueles, de conquistas sangrientas, de trastornos y asolamientos de ciudades famosas, de muertes atrocísimas, de víctimas puras puestas en altares humeantes, de hermanos levantados contra hermanos, y ricos contra pobres, y padres contra hijos, siendo la tierra toda á manera de lago que ni los vientos olean, ni seca el sol con sus inmensos ardores. No las atestiguan con ménos claridad los sacrificios sangrientos ofrecidos á Dios en todos los altares levantados en la tierra; y por último la legislacion de todos los pueblos por la que el que quita la vida ajena está excomulgado, y pierde la suya saliendo de la comunión de los vivientes. En la tragedia de *Orestes*, pone Eurípides en boca de Apolo estas palabras «No es Elena culpable de la guerra de Troya; su belleza no fué sino el instrumento de que se valieron los dioses para encender la guerra entre dos pueblos, y hacer correr la sangre que habia de purificar la tierra manchada con la multitud de los delitos.» Por donde se ve que el poeta, eco á un tiempo mismo de las tradiciones populares y de las tradiciones humanas, da á la sangre una secreta virtud de purificacion, que está en ella de una manera escondida por una causa misteriosa.

Descansando el sacrificio en la suposicion de la existencia de esa causa y de aquella virtud, es claro que la sangre ha debido adquirir esta virtud bajo el imperio de aquella causa, en una época anterior á la de los sacrificios sangrientos; y como estos sacrificios vienen instituidos desde el tiempo de Abel, es una cosa puesta fuera de toda duda, que la causa y la virtud de que tratamos son anteriores á Abel, y contemporáneas de un gran suceso paradisiaco, en donde esa virtud y su causa han de tener principio necesariamente. Ese gran suceso es la prevaricacion adámica. Culpable la carne en Adán, y en la carne de Adán la carne de toda la especie, para que la pena tuviese proporcion con la culpa, era menester que cayera en la carne como la culpa misma: de aquí la necesidad de la efusion perpétua de la sangre humana. A la culpa

de Adán se habia seguido, sin embargo, la promesa de un Redentor; y esa promesa, poniendo al Redentor en lugar del culpable, fué poderosa para suspender la sentencia condenatoria hasta que el que habia de venir fuera venido. Esto sirve para explicar por qué Abel, depositario por Adán á un mismo tiempo de la sentencia condenatoria y de la suspension hasta que fuera llegado el sustituto que habia de padecer la pena por el culpable, instituyó el único sacrificio que podia ser acepto á los ojos de Dios: el sacrificio conmemorativo y simbólico.

El sacrificio de Abel fué tan perfecto, que contuvo en sí por una manera prodigiosa todos los dogmas católicos: por lo que tuvo de sacrificio en general, fué un acto de reconocimiento y de adoracion hacia el Dios omnipotente y soberano; por lo que tuvo de sacrificio sangriento, fué la proclamacion del dogma de la prevaricacion adámica y del de la libertad del prevaricador, que sin el libre albedrío no hubiera sido culpable; y del de la trasmision de la culpa y de la pena, sin la cual solo Adán hubiera debido darse en sacrificio; y del de la solidaridad, sin el cual no hubiera tenido Abel el pecado por herencia. Al propio tiempo fué con respecto á Dios el reconocimiento de su justicia y del cuidado que tiene de las cosas humanas. Considerado bajo el punto de vista de las víctimas ofrecidas al Señor, fué á un tiempo mismo una conmemoracion de la promesa que acompañó á la pena del verdadero culpable, y de la reversibilidad en virtud de la cual los penados por la culpa de Adán habian de ser hechos salvos por los méritos de otro, y de la sustitucion en virtud de la cual uno que habia de venir se habia de ofrecer en sacrificio por todo el género humano; por último, consistiendo las víctimas en corderos primogénitos y sin mancha, el sacrificio de Abel fué simbólico del sacrificio verdadero, en el cual aquel Cordero mansísimo y purísimo, Hijo único del Padre, se habia de ofrecer en santísimo holocausto por los delitos del mundo. De esta manera el Catolicismo todo, que explica y contiene todas las cosas por un milagro de condensacion, está explicado y contenido en el primer sacrificio sangriento ofrecido á Dios por un hombre. ¿Qué virtud es esa que está en la Religion católica, que la

hace dilatarse y condensarse con una dilatacion y con una condensacion infinitas? ¿Qué cosas son esas que en su inmensa variedad caben todas en un símbolo? ¿Y qué símbolo es ese tan comprensivo y perfecto que contiene tantas y tales cosas? Tan altas consonancias y armonías, perfecciones tan soberanas y hermosas están de tal manera sobre el hombre, que se adelantan no solo á todo lo que entendemos sino tambien á todo lo que deseamos y á todo lo que fingimos.

Pasando la tradicion de padres á hijos, vino á suceder que fué borrándose y oscureciéndose poco á poco en la memoria y en el entendimiento de los hombres. Dios no permitió en su infinita sabiduría que dejaran de resonar de todo punto en la tierra aquellos grandes ecos de las tradiciones bíblicas; pero en medio del tumulto de los pueblos, precipitados los unos sobre los otros, y todos á los pies de los ídolos, esos ecos fueron alterándose y debilitándose hasta perder su magnífica resonancia y convertirse en sonidos vagos, intermitentes y confusos. Entonces fué cuando de la idea vaga de una culpa primitiva radicada en la sangre sacaron los hombres la consecuencia de que era necesario ofrecer á Dios en sacrificio la sangre misma del hombre. El sacrificio dejó de ser simbólico para ser real; y como quiera que en la intencion divina no estaba dar eficacia y virtud sino al sacrificio del Redentor solamente, de aquí fué que los sacrificios humanos carecieron de virtud y de eficacia. Aun así y todo, aquellos sacrificios imperfectos é ineficaces contenian en sí virtualmente, por un lado el dogma del pecado original, el de su trasmision y el de la solidaridad, y por otro, el de la reversibilidad y el de la sustitucion, aunque no acertaron á simbolizar ni la sustitucion verdadera, ni el verdadero sustituto.

Cuando los antiguos buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducian al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacára la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo. Acertaban en afirmar que la justicia divina debia ser aplacada, que no podia serlo sino pored derramamiento de sangre, que uno podia satisfacer la deuda de

todos, que la víctima redentora habia de ser inocente. En todas estas cosas acertaban, como quiera que todas ellas no son otra cosa sino la afirmacion implícita de los grandes dogmas católicos. El error estuvo exclusivamente en creer que podia haber un hombre inocente y justificado, hasta tal punto y de tal manera que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por los pecados del pueblo, en calidad de víctima redentora. Este solo error, este solo olvido de un dogma católico convirtió al mundo en un lago de sangre: á falta de otros, hubiera bastado por sí solo para impedir el advenimiento de toda civilizacion verdadera. La barbárie, y la barbárie feroz y sangrienta, es la consecuencia legítima, necesaria, del olvido de cualquier dogma cristiano.

El error que acabo de señalar, no lo era sino en un solo concepto y bajo cierto punto de vista: la sangre del hombre no puede ser expiatoria del pecado original, que es el pecado de la especie, el pecado humano por excelencia; puede ser y es, sin embargo, expiatoria de ciertos pecados individuales: de donde se sigue no solo la legitimidad, sino tambien la necesidad y la conveniencia de la pena de muerte. La universalidad de su institucion atestigua la universalidad de la creencia del género humano en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierto modo, y en su virtud expiatoria cuando de ese modo se derrama. *Sine sanguine non fit remissio.* (Hebr. 9, 22.) Sin la sangre derramada por el Redentor, no se hubiera extinguido nunca aquella deuda comun que contrajo con Dios en Adán todo el género humano. En donde quiera que la pena de muerte ha sido abolida, la sociedad ha destilado sangre por todos sus poros. A su supresion en la Sajonia Real se siguió aquella grande y encarnizada batalla de mayo, que puso al Estado en trance de muerte, hasta el punto de verse en el caso de acudir para su remedio á una intervencion extranjera. El solo principio de su supresion, proclamado en Francfort en nombre de la patria comun, puso las cosas alemanas en mayor desórden y desconcierto que en ningun otro periodo de su turbuléntisima historia. A su supresion por el gobierno provisional de la república francesa se siguieron aquellas tremendas jornadas de junio, que vivirán eterna-